Año: XXVIII, 1987 No. 638

Dirigismo o Libertad

Por Juan F. Bendfeldt

Algunos de ustedes se preguntarán si el sistema de organización social que existe aquí es el de libre empresa. Hay un régimen de propiedad, hay instituciones organizadas para hacer prevalecer el derecho y la ley, hay empresas y muchas actividades empresariales, existen bancos y programas de fomento al ahorro. En fin, existen en apariencia muchos de los elementos que hemos mencionado como parte importante del sistema que deseamos. Pero también es cierto que existen grandes contradicciones entre lo que existe y la forma en que actualmente funciona y cómo podrían estar las cosas en un sistema de verdadera libre iniciativa.

La actualidad del país, similar a la de muchas otras naciones que se debaten, hasta con violencia, en un intento por decidir qué camino seguir, dista mucho de lo que podemos vislumbrar que sería el camino a la paz y al progreso. **Estamos en medio de una gran batalla en la que se presentan dos lados opuestos: El lado de la verdadera revolución que aún no hemos logrado probar ni una sola vez y que es el de la libre iniciativa; y, el de la negación de la libertad individual para retornar al milenario concepto del poder totalitario.**

Actualmente la economía presenta una mezcla de tradiciones, imposiciones y el mercado funcionando a pesar de las trabas que hemos puesto en su camino. Hay grandes diferencias entre el sistema de libre empresa y nuestro sistema económico actual.

Por ejemplo, la participación del gobierno va más allá de las funciones que libremente los ciudadanos le habrían conferido en un ambiente de respeto recíproco. El gobierno se halla confundido en muchas funciones que no le son propias, disfrazado bajo el nombre de Estado. Ya no es simplemente el árbitro y quien aplica las reglas del juego de la libre empresa, sino que se ha convertido en jugador, o en participante oculto en el juego.

Las decisiones gubernamentales, en todos los niveles, influyen qué producir, cómo producirlo, y cómo y cuándo colocarlo en el mercado y a qué condiciones. Todas éstas son funciones de los empresarios y consumidores, no del gobierno. Las compras del gobierno, de las entidades estatales, municipales, de las empresas públicas, etc. ya son tan importantes que encauzan el destino de muchas tareas productivas y dejan en el proceso a muchas actividades empresariales sin los recursos para poderlas llevar a cabo.

Claramente podemos ver que en las últimas décadas las acciones del gobierno se han multiplicado y su participación ha sido mayor que la necesaria para que funcione un

sistema de libertad para emprender. ¿Cómo podemos explicarnos esa expansión dentro del ámbito económico? Yo creo ver tres factores importantes:

1.- Muchos creen que la intervención del gobierno hace funcionar las cosas mejor. La verdad demostrada, sin embargo, es que se introduce un costo social innecesario que a la larga hay que pagar con un menor nivel de prosperidad. La intervención de cualquier agente extraño, como es el gobierno, en el proceso económico interfiere en la comunicación natural que existe entre todos los participantes del mercado.

El fomento a la participación del gobierno se ha debido a decisiones de personas bien intencionadas que sinceramente creen estar actuando de conformidad con los más loables intereses de la sociedad. La más grande tentación que confrontan los que desean ayudar a sus semejantes es el poder del estado. El que hoy día nos encontremos a muchos religiosos metidos en cuestiones de política, más allá de lo que podríamos llamar «su deber de participación como un simple ciudadano», es un síntoma de esta tendencia. Los religiosos que buscan en el poder que concentra en si el aparato estatal un expediente para tratar de lograr sus propios fines morales o caritativos se olvidan de que la naturaleza de los medios el poder estatal acaba por definir los fines.

Cuando el estado sustituye al imperativo moral que mueve a todas las personas de buena voluntad, en una sociedad libre, hacia el sacrificio de lo propio en beneficio de los más necesitados, los desafortunados y de quienes han errado el camino, priva a la sociedad de uno de sus valores esenciales: la caridad. **No hay caridad mediante la compulsión de la fuerza implícita en el estado. Un sistema verdaderamente cristiano debe ser de libre iniciativa, sobro todo en el aspecto de la asistencia a los más necesitados. Si es a la fuerza, ya no es cristiano en su esencia.**

El economista Milton Friedman, premio Nobel en Ciencia Económica, se expresa así de este problema:

«El gran movimiento hacia el gobierno no ha sido el resultado de personas con intenciones diabólicas que tratan de hacer el mal. El crecimiento del gobierno se ha debido a que la gente ha tratado de hacer un bien, pero el método por el cual han querido hacerlo ha fracasado. En primer lugar, nunca gastamos el dinero de otros con el cuidado que gastamos, el propio; por lo tanto, una gran fracción de este dinero se pierde. En segundo lugar, no se puede hacer el bien con el dinero de otros a menos que primero so los quitemos».

2. La ignorancia de los mecanismos espontáneos del libre mercado ha dado como resultado que los problemas económicos se vean aislados, no en términos de su relación con el sistema económico total. En consecuencia, muchos de los programas gubernamentales son diseñados para tratar problemas aislados, individuales, o de sectores poblacionales. **Este proceso da origen a políticas conflictivas, y por otro lado, deja vulnerable al poder público a las presiones de**

grupos de influencia. Por ejemplo: el gobierno gasta sumas considerables en esfuerzos para reducir el alcoholismo, y destina un presupuesto dentro de los programas de salud para tratar estos problemas; al mismo tiempo, refuerza cada día más a la industria del alcohol nacional, virtualmente dándole un subsidio a través de la protección arancelaria que hace prohibitivo el consumo de licor importado. El resultado es un influyente sector industrial que obtiene beneficios superiores a los que el libre mercado le permitiría.

Pero el problema va mucho más allá. Cada programa de gobierno tiene algún, poco o mucho efecto en todo el aparato económico. A través de los años, los programas que empiezan pequeños tienden a crecer y ya nunca más desaparecen. Esto hace que su costo social vaya siempre en aumento, muy por encima de todos los supuestos beneficios. En Guatemala, por ejemplo, a raíz del terremoto del año 1976 se creó el Comité de Reconstrucción Nacional. Más de diez años después, con el país reconstruido, lo lógico era que esa entidad de carácter temporal ya hubiera sido cerrada. No ha sido así. Los fondos que opera cada año han crecido, al punto en que la última noticia pública de esa entidad es un tremendo escándalo que involucra una malversación de Q.2 millones, y las acusaciones de una ineficacia monumental al permitir que donaciones recibidas del exterior consistentes en alimentos se pudran en las bodegas cuando en la calle hay hambre.

Es porque no comprendemos cómo es que trabaja el mercado que se propone intervenir en él para casos aislados, sin siquiera alcanzar a comprender las consecuencias de esa intervención. Hemos fallado al olvidar la conexión que hay entre la libre iniciativa y la ansiada prosperidad.

La prosperidad y la libertad van de la mano.

3. La razón principal para la expansión de las funciones del gobierno ha sido siempre la noción de que las personas no son quienes mejor juzgan lo que es bueno para ellas. En tiempos recientes, algunas disciplinas de las ciencias sociales han popularizado la idea de que el individuo no es responsable realmente de sus actos. Se justifica la conducta antisocial, por ejemplo, en la pobreza y sus sinsabores, en algún trauma de la infancia, en no tener padres perfectos, o hasta en las malas dietas. Poco a poco, se ha llegado a pensar que es la sociedad la que es responsable de la conducta de sus miembros, actuando a través del gobierno.

Pero, en ese razonamiento hay un grave error. ¿Quién es el gobierno? Son individuos también, naturalmente imperfectos como nosotros, capaces de equivocarse y de corromperse, de no tener suficiente información o suficiente interés, etc. Es decir, el gobierno, como un grupo de personas, tiene los mismos defectos que tenemos los sencillos ciudadanos desde la llanura, a quienes pretende sustituir.

Debo acentuar nuevamente el que tampoco aquí, el conflicto es entre hacer el bien y hacer el mal. El conflicto es sobre quién es el mejor juez para decir qué acciones son buenas y cuáles son malas. En un sistema de libre iniciativa, esas decisiones son

tomadas por las propias personas, sobre sí mismas y sobre lo que es de ellas, dentro del marco legal.

En un sistema en que a los individuos se les releva de ese poder de decisión, se tiene que recurrir a órdenes e imposiciones para hacer que las personas actúen conforme a las decisiones que toman las personas en el gobierno. La libre iniciativa es el sistema en que se parte de reconocer que cada uno de nosotros es capaz de tomar decisiones siempre con el riesgo de errar, pero en un marco totalmente distinto al que rodea a las personas del gobierno. En la libre iniciativa, existe siempre la expectativa de algún beneficio, premio o recompensa si se actúa acertadamente; y, a la vez existe siempre el riesgo de tener que pagar algún costo, o aceptar algún castigo si nos equivocamos.

El burócrata y el político que deciden por los demás no poseen esos estímulos al acierto. El costo de sus errores siempre recae sobre los demás, no sobre ellos o su patrimonio. Ellos solamente reciben los beneficios del poder, los que se multiplican en la medida en que se extiende sobre la vida de las personas. El mayor estímulo se produce al pervertir la función pública con el beneficio de la mordida, la comisión, y la venta de privilegios.

La corrupción y la ineficiencia son parte de la esencia de todo sistema sustitutivo del respeto a la dignidad de las personas en las decisiones que toman.

Si se comprenden los errores que han dado origen a estos tres factores que han contribuido

distanciarnos más de un sistema de libre iniciativa, es posible resumir todas las diferencias en lo siguiente:

Mientras que el empresario en una sociedad competitiva sólo puede tener ganancias si con su esfuerzo ha producido un beneficio mayor a la sociedad entera, el burócrata no tiene nada que perder, y sí todo que ganar, indistintamente de si con su trabajo beneficia o perjudica a los demás. **Sólo hay dos sistemas: llamemos al primero dirigismo, indistintamente del nombre con que esté disfrazado en el proceso político-ideológico; y al segundo llamémosle de la libre iniciativa.**

Comprendido en estos términos simplistas, resulta que el sistema de libre iniciativa es el que conduce con más facilidad y menor costo al progreso y al bienestar de toda la sociedad. **En el dirigismo es en donde es verdad el refrán milenario de que «la riqueza de unos es la causa de la pobreza de otros»**.

«Nuestra libertad de elección en una sociedad basada en la libre competencia reside en el hecho de que, si una persona no quiere satisfacer nuestras necesidades, podemos buscar otro proveedor. Pero si nos hallamos ante un monopolista, estamos a su arbitrio. Y un gobierno que dirija todo el sistema económico, sería el más poderoso monopolista que pueda imaginarse».

F. A. Hayek, Camino a la Servidumbre